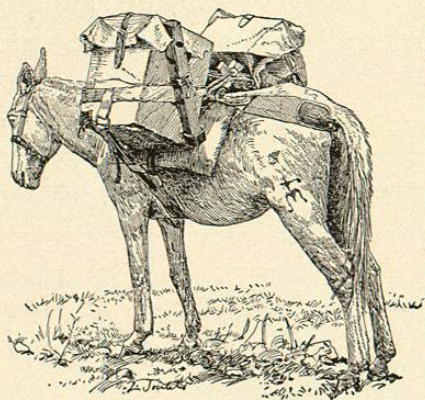


existir el peligro, por ejemplo, de que la cámara y útiles fotográficos ó la preciosa colección de negativas que se hayan tomado, vayan á precipitarse al abismo.

Las mulas, con su abultada carga, se ven en cierto modo



Mi carga fotográfica.

desvalidas en los angostos pasos de la altura. Los animales avezados conducen á menudo sus cargas con habilidad casi humana; pero siempre que por algún accidente tropieza una mula contra algún pico ó resbala, el pobre animal pierde invariablemente el equilibrio y rueda precipitado por la pendiente con rapidez cada vez mayor.

Cierta vez oí un ruido que llegaba de arriba, sin darme cuenta de pronto de lo que ocurría. Bajaban rodando algunas piedras, y tras ellas vi un asno cargado que caía dando tumbos con extraordinaria velocidad. Recorrió así la superficie de una roca perpendicular de 20 pies de altura, deteniéndose en la base de ella, donde dio aún dos vueltas. Entonces, con gran sorpresa mía, se puso en pie en medio de su carga cuyos bultos quedaron esparcidos. ¿Y sabéis lo que llevaba?—Un bote de dinamita y la caja de herramientas! ¡Con la rapidez con que pudieron llevarlos sus piernas, dos arrieros acudieron á aquel punto, volvieron con presteza á cargar al asno y lo llevaron nuevamente al camino, tan tranquilos como si nada hubiese sucedido. Una magnífica mula comprada en las llanuras de Arizona, que era naturalmente atolondrada, sufrió esa desgracia tres veces en sólo un día, rodando de 150 á 200 pies, sin que con ello quedara seriamente lastimada. Al principio me contrariaba muchísimo ver rodar á los animales cargados, sin detenerse

jamás sino hasta tropezar con algún grueso árbol ó una roca, á veces hasta 200 pies abajo; pero los mexicanos evidentemente estaban habituados á ello como cosa natural en tales travesías.

No podía menos que sentirme admirado ante la agilidad y el valor de mis fleteros y arrieros mexicanos en ocasiones semejantes. Movíanse con pie tan seguro y tanta rapidez como los marineros en los barcos, y se mantenían todos á la expectativa. Siempre que los pobres animales perdían el apoyo, al punto mis hombres corrían tras ellos, y no bien los veían detenerse en su caída, gracias á cualquiera obstáculo, alcanzábanlos para aligerarlos de su carga. Á veces, por supuesto, quedaba el animal fuertemente magullado de la cabeza, é inhábil durante algunos días para llevar su carga; pero, *mirabile dictu!* en la mayoría de los casos se volvía á poner en pie. Después de dejarlo respirar por un rato, echábanle de nuevo la carga, á menos que no juzgasen conveniente llevar sobre sí parte de la misma, á fin de que la bestia pudiese ascender el declive con mayor seguridad. Aquellos hombres parecían verdaderamente incansables. Uno de ellos llevó cierta vez sobre la cabeza un gran cajón de miel, subiendo á la carrera hasta la cumbre. Por más que parezca extraño, en mi primer viaje á través de la Sierra Madre, no perdí ningún animal por tales accidentes.

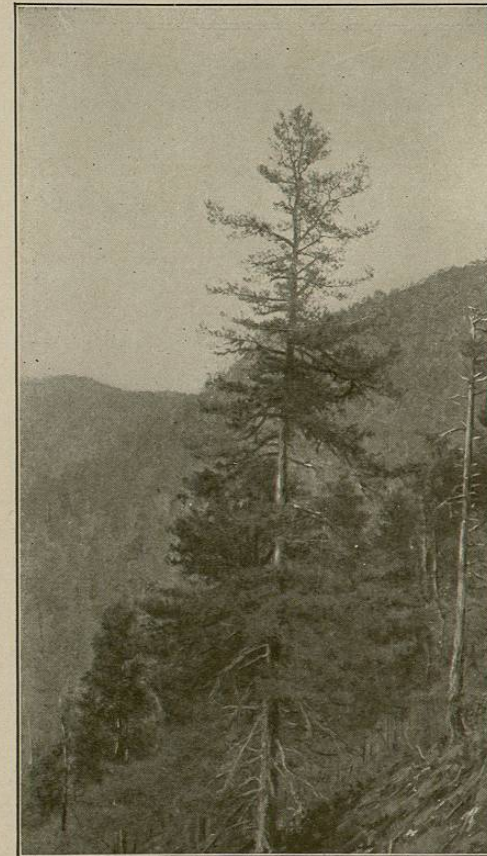
Trepando y trepando cada vez más por los macizos bancales, caminamos por entre espesos encinares, y luego sobre cimas chatas y agrietadas en incontables filones profundos y escarpados que surcaban el bosque en todas direcciones. Numerosas fuentes se filtraban y escurrían de la conglomeración estratificada. En algunas de aquellas truncadas cumbres se veían empapadas en agua las depresiones formadas en la cima y cubiertas con una delicada yerba plumosa. Crecían á trechos desmedradas encinas y algunos pinillos, esparcidos á distancia unos de otros. Encontrábamos en grande abundancia *Opuntia Missouriien-*

sis, llamada nopal por los mexicanos, y abunda también el mezquite, en tanto que la planta de la Resurrección cubre grandes áreas, á semejanza de los brezales de Escocia. Hállanse también agaves y muchas especies de pequeños helechos, tales como el gracioso culantrillo. Junto á las gruesas corrientes, había álamos y arces de hermosas copas que traían á los americanos el grato recuerdo de su patria.

Después de avanzar como seis millas, acampamos á una elevación de 6,300 pies, en unas antiguas trincheras, teniendo á nuestra vista los hermosos campos que habíamos dejado abajo. Grandes bandadas de palomas grises de notable tamaño se acurrucaban en los pinares próximos, así como dos de los gigantescos carpinteros que por primera vez habíamos encontrado. Mr. Robinett mató una ardilla de nueva especie, *Sciurus Apache*. Era grande, de un color pálido entre amarillo y gris con algo de negro, y con una cola larga y espesamente peluda. Estábamos en la región de los pinos. Nuestros exploradores nos dijeron que lo que seguía era mucho más escabroso; pero habiendo abierto el profesor Libbey una nueva senda en toda la pendiente cubierta de pinos, llegamos seguros á la cresta de la Sierra que tiene allí una elevación de 8,200 pies. Los precipitados declives de los valles y quiebras se veían recubiertos de tiernos tallos de pinos, apenas arraigados, de un tamaño de una á doce pulgadas, en tanto que los viejos pinos se erguían hasta una altura mayor de cien pies. El bosque jamás tocado por el hacha del hombre, ofrecía á la vista admirable juventud y frescura. De vez en cuando, sin embargo, en sitios descubiertos, encontrábamos árboles con el tronco roto y doblado sobre sí como palillos de fósforo, testimonios de las terribles tempestades que se desatan á veces en las solitarias regiones que tan serenamente nos recibían. Hasta que hubimos llegado á la cumbre, no sentimos el viento que soplaba bastante fuerte del este, alentando nuestras espe-

ranzas de que continuaría el buen tiempo, no obstante que la luna estaba nublada.

Terminado el ascenso, plantamos pintorescamente nuestras tiendas de campaña en la cima, en medio de un bosque tan espeso que desaparecía el paisaje. Estando allí descubrió Mr. Stephen en la cumbre de un pino, como á 420 pies sobre la ceja del bosque, una pequeña construcción circular de un diámetro de cuatro pies. Cuatro ó cinco grandes fragmentos de roca volcánica, como de 15 pulgadas de altura cada uno, se veían colocados circularmente en torno de ella, y lleno el espacio dejado por éstos con otros fragmentos pequeños. La obra no mostraba ningún esmero, pero no podía



Sobre la cresta.

ser casual la disposición de las piedras: asimismo la construcción era antigua, pues en varios lugares estaban adheridos los fragmentos con una gruesa capa de liquen. En cuanto al objeto del círculo, no es de conjeturarse fácilmente.

No conociendo ya el guía ninguno de aquellos parajes, nos vimos obligados á enviar exploradores delante de noso-

tros, antes de hacer avanzar el cuerpo de la expedición. Varios, por lo mismo, nos aventuramos en diferentes direcciones, y yo tuve la suerte de descubrir el mejor derrotero que inesperadamente sigue allí, primeramente hacia el norte. Acompañado de mi perro Apache, me encaminé una fresca mañana bajo la sombría espesura de pinos, cuyas puntas blanqueaban á la radiosa luz del sol, y siguiendo el alto filón que se elevaba á una altura de 8,900 pies (el punto más alto que alcancé en mi primera expedición sobre la Sierra Madre), llegué á un sitio donde el paso se cortaba de pronto, pero luego advertí que partía hacia el oriente un espolón de la sierra que podía conducirnos en la dirección conveniente.

Sentéme á contemplar el magnífico panorama de la parte central de la Sierra Madre que se dilataba frente á mí. Al norte y noreste había mesetas y cerros cubiertos de pinos, en series al parecer sin fin; sobre el horizonte oriental encontraba mi vista las negruzcas y macizas alturas del Chuhui-chupa, seguidas rumbo al sur por cumbres y cumbres de verdaderas sierras con agudísimas y dentadas crestas, corriendo principalmente de noroeste á sudeste, y entre ellas y yo, había una extensión de negras serranías de pinares, sucediéndose en apretados cordones, y corriendo generalmente en igual dirección que la sierra. Reinaba en aquel solitario paisaje una inmensa tranquilidad primaveral. Me gusta la sociedad de los hombres; pero ¡cuánta serenidad y reposo nos infunde á veces la íntima comunión con la naturaleza!

Al siguiente día, caminaban nuestras mulas por la senda que yo había descubierto. Quedamos agradablemente sorprendidos de encontrar en aquella estación, á mediados de diciembre y á semejante altura, una especie de violeta en pleno florecimiento, cuando los *Lupinus* y *Vicia* estaban ya en semilla. Descansamos en un paraje á 7,400 pies sobre el nivel del mar, donde reconocimos trincheras muy próximas, á través de las cuales corría el agua de un pantano.

Vimos también algunas pilas de toscas piedras superpuestas hasta una altura de tres pies. Los mexicanos las llamaban "monumentos de apaches," y advertí en aquel sitio unas ocho ó diez, de las cuales tres se hallaban sólo veinte yardas separadas entre sí, y tendidas en línea de oriente á poniente. El próximo día encontramos una ruta

de apaches con monumentos parecidos. Algunas de dichas pilas, no parecían hallarse en paraje de difícil acceso, por lo que no era posible suponer que sirviesen como postes de guía, aunque á otras podía atribuírseles ese objeto; ni era probable que hubiesen estado destinadas para mojones, á no ser que las hayan erigido algunas castas afines que hubiesen habitado en compañía de los apaches, para señalar los cazaderos de varias familias. Me parece más probable que tengan cierta relación con algún rito religioso.

Tuvimos alguna dificultad para efectuar nuestro descenso al río Babispe, pero descubrimos al fin una antigua senda, todavía andadera, que llegaba como á mil pies cuesta abajo. Un poco más al norte, descendimos otros



Monumento apache.

mil pies, y así gradualmente llegamos al Babispe, que forma en aquel punto una corriente rápida y estrepitosa, cuya profundidad llega hasta la cincha de las caballerías y es en muchos puntos más honda. Corre con dirección al norte, describiendo el curso oriental de la curva que forma al rededor de la Sierra de Nacori. Escogí para acampar una pequeña meseta sobre la margen derecha del río, entre pinos, encinas y crecida yerba, como á cuarenta pies sobre la superficie del agua. Se extendía una pradera á manera de parque, plantada de pinos, desde allí hasta unos tres cuartos de milla, á lo largo del río, y como de media milla de anchura. Cerca de nuestro campamento encontramos varias latas viejas cubiertas de orín, como las usadas para conservas. Una tenía la marca "Fort Bowie." No cabía duda que en aquel sitio se habían detenido antes que nosotros, probablemente algunas de las avanzadas del General Crook.

### CAPÍTULO III

Á ORILLAS DEL BABISPE—FORTALEZAS Y RUINAS DE ANTIGUAS HABITACIONES—LOS ANIMALES COMIENZAN Á EXTENUARSE CON EL PASTO INVERNAL DE LA SIERRA—UN CAMPO DE APACHES ABANDONADO—AL FIN ENCONTRAMOS COMODIDAD—EL CARPINTERO GIGANTESCO—LLEGAMOS Á LAS COLONIAS MORMONAS DE PACHECO Y VALLE DE LAS CUEVAS (CAVE VALLEY).

TUVIMOS que permanecer junto al río Babispe por un poco de tiempo á fin de que descansaran los animales y estuviesen en las mejores condiciones posibles para las duras jornadas que seguirían. Tuve asimismo que enviar á Nacori por provisiones frescas. No era mucho, por supuesto, lo que allí se podía obtener, pero nos proveímos de cuanto pudimos encontrar en materia de comestibles; panocha y maíz. Ordenaba á mis criados que me llevasen el último en forma de pinole; esto es, molido á mano después de tostado, hasta que se convierte en menuda harina. Este es el alimento más común y fácil de conseguir en México. Un saquito de pinole constituye toda la provisión que un indio lleva consigo para un viaje de varios días ó semanas. Mezclándolo simplemente con agua, forma un sabroso atole algo indigesto para personas no acostumbradas á él. Preparado como sopa, resulta muy nutritivo y es alimento apropiado para las personas que andan en el campo. Además teníamos aún bastante harina para poderla distribuir entre todos á quince libras diarias, y nuestro repuesto de chícharos en latas y de conservas, aunque reducido, aun no se había agotado. Los tasajos se nos acabaron antes de llegar á la sierra, y nos era preciso atèrnos á nuestros rifles para obtener carne. Felizmente el bosque estaba poblado